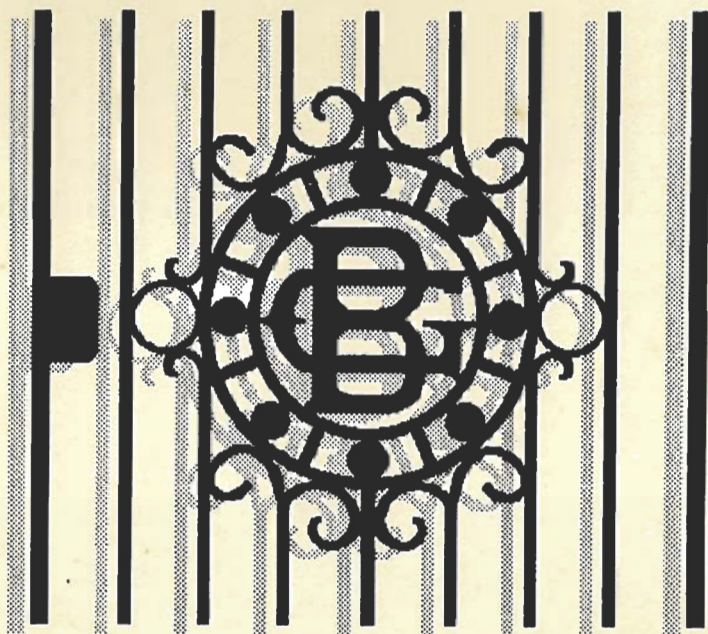


GALDOS Y SANTANDER

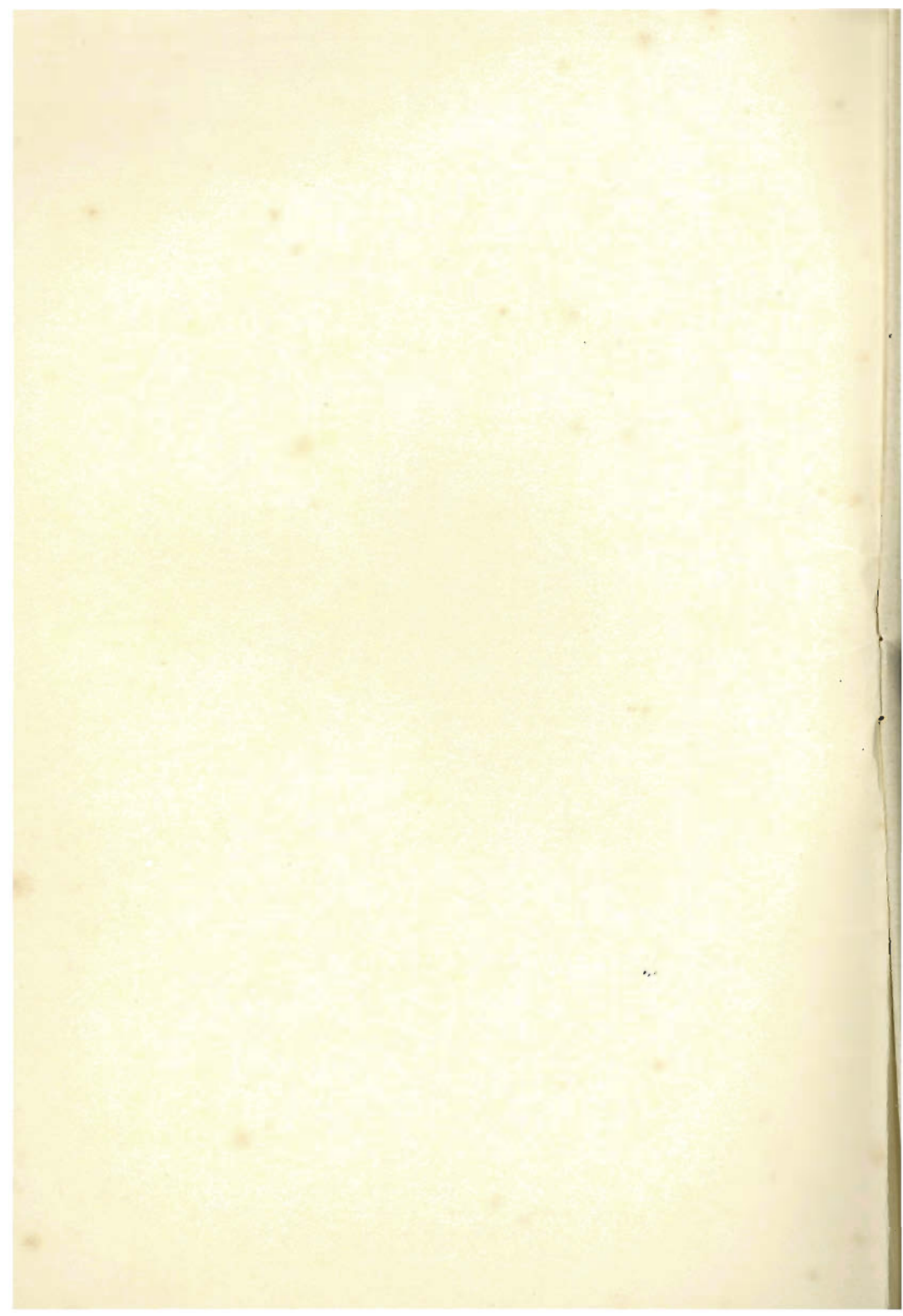
CIENAÑOS DESDE "SANQUINTIN"

EXPOSICION



DIA DEL LIBRO, 1993


**CASA-MUSEO
PEREZ
GALDOS**



GALDOS Y SANTANDER
CIENAÑOS DESDE "SANQUINTIN"

EXPOSICION

 **DÍA DEL LIBRO, 1993** 

Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria

Presidente

Pedro Lezcano Montalvo

Consejero Insular de Cultura

Gonzalo Angulo González

Directora Insular de Cultura

Hilda Mauricio Rodríguez

Casa-Museo Pérez Galdós

Conservadora

Rosa María Quintana Domínguez

Coordinador de Recursos Didácticos

Remigio Bordón Viera

Coordinador del Dpto. de Documentación

Miguel Angel Vega Martín

Administración

Pilar Zaya Vega

Escenografía

Ramón Sánchez Prats

Carpintería y Montaje

Juan Alonso García

**Reproducciones fotográficas
y catálogo**

Negociado de Cartografía y Laboratorio
del Cabildo Insular de Gran Canaria

Catálogo:

Edita

Casa-Museo Pérez Galdós

Maqueta

Area de Comunicación

“**I**mpacientes por llegar a Santander, nos alejamos de estos sitios, no por el camino que siguió Carlos de Gante, sino por el más trancitado [sic] y alegre de la carretera que une a Bilbao con la capital de Cantabria. Bien pronto divisamos a lo lejos, desde la imperial del coche, la bahía de Santander, que sería la más hermosa de la Península si no existieran las rías bajas de Galicia, de que hablaré más adelante. Pero aunque ya la vemos, muchas vueltas hemós de dar para estar cerca de ella, y mucho hemos de andar después para poder rodearla toda y llegar al término de la presente excursión. Antes de detenerme, quiero hacer una salvedad, y es que me será muy difícil ser completamente imparcial hablando de Santander y de los montañeses, por el mucho cariño que tengo a este pueblo, mi cuartel de verano, mi refugio contra el calor desde hace catorce años. Esto y los buenos amigos, la benignidad del clima y las repetidas expansiones del ánimo, han creado en mí una predilección especial que no puedo ocultar, y reconociendo las bellezas de toda la región cantábrica, pongo siempre en primer lugar las de esta provincia, así como en la preferencia que suelo dar a todos nuestros septentrionales, hago siempre una segunda selección en favor de los montañeses.

* * *

Esta es la primera plaza comercial de la costa cantábrica. Si Bilbao le gana en número de buques, Santander lleva la delantera en la importancia de las transacciones graduada por los rendimientos de Aduanas, que suben aquí a más de millón

y medio de pesetas mensuales. Si el movimiento mismo domina en Bilbao, aquí prevalece el movimiento de los artículos que llamamos coloniales.

Durante el verano, ésta es la principal estación de entrada de vapores-correos de las Antillas, a causa de las precauciones sanitarias que no permiten el arribo de aquéllos a los puertos de Cádiz y Barcelona. Las líneas españolas, la Trasatlántica Francesa, la Mexicana, de reciente creación, y otras dejan en esta ciudad, desde Junio a Octubre, un número extraordinario de viajeros procedentes de nuestras colonias y de la América Central.

Como residencia balnearia, Santander no iguala a San Sebastián ni en la importancia de sus establecimientos, ni en la cifra de forasteros que la visitan, aunque éstos aumentan de año en año. No obstante, sus condiciones de clima son inmejorables, el país bellísimo, los habitantes hospitalarios. Depende la superioridad de Guipúzcoa en esta materia de que los vascongados han sabido entender mejor que los montañeses la explotación de los baños y la costumbre de la *villeggiatura*, estudiando y cultivando la industria de los alojamientos con el mayor esmero, para lo cual les sirven de mucho las continuas lecciones que en esto reciben de sus vecinos los franceses, grandes maestros en agazajar [sic] forasteros y en explotarlos dándoles todos los gustos y satisfacciones posibles.

Santander, ciudad puramente comercial, no ha comprendido hasta tiempos muy recientes, la importancia de estas industrias veraniegas. Su risueña playa del Sardinero, que sólo tiene rival en la de San Sebastián, es uno de los sitios más frecuentados de la costa durante el verano. Como condiciones naturales, es este sitio incomparable, de una belleza sorprendente y apacible, combinación felicísima de campo y mar, con todos los encantos del bosque y todos los atractivos del paisaje

oceánico. lo que en el Sardinero es obra de los hombres, no corresponde ciertamente a las maravillas que ha puesto la naturaleza; pero hay no obstante, alojamientos cómodos y aun elegantes y algunos atractivos para entretener a las personas que no pueden hallar defensa contra el fastidio en los espectáculos de la naturaleza. El suelo y el clima son ideales en este privilegiado rincón de la costa, cubierto de vegetación aménisima, jardín suspendido sobre las olas, que disfruta la doble frescura de los arroyos y del mar. Las praderas terminan interrumpidas bruscamente por las peñas cubiertas de mariscos, y las flores descienden hasta la arena, confundiendo sus ojuelas con las conchitas nacaradas y de mil colores que ávidamente recogen y coleccionan los niños. Las vacas pastan a dos pasos del reino inmenso de los peces, y el pescador de caña y el pastor, esas dos entidades tan diferentes suelen verse reunidas aquí, en una pieza. Hay quintas hermosas y residencias agradabilísimas, grandes casas de baños, casino y muchos cafés; pero aún falta bastante que hacer y que mejorar, para que el Sardinero sea lo que piden sus inapreciables ventajas naturales. Todo el lujo que aquí hay lo ha puesto la Naturaleza; el hombre no ha puesto aún más que un pasar mediano y una comodidad limitada y *bourgeoise*; pero como las exigencias del público crecen de día en día, como el gusto de alojarse bien y de la buena casa y mesa se educa y perfecciona lo mismo que el gusto artístico, es de esperar que los progresos de la instalación vayan en aumento, hasta que llegue un día en que el Sardinero no tenga nada que envidiar a los lugares frecuentados hoy por las familias más poderosas, que solicitan en todas partes mil refinamientos y saben pagarlos."

Benito Pérez Galdós.
La Prensa de Buenos Aires [5-X-1884]

EN SAN QUINTIN

Una tarde con Galdós

Cuando hemos franqueado la puerta del jardín, hemos visto al maestro que estaba sentado fuera de la casa, a la sombra, en un rincón, leyendo un libro.

— Es una comedia de Aristófanes, *La asamblea de las mujeres* -dice D. Benito. -Este hombre tiene la mar de gracia. Yo creo que si se arreglara esta obra gustaría...

Pasamos al estudio del gran novelista: una amplia pieza, cuadrilonga, llena de libros, cuadros, fotografías, dibujos a la pluma, chucherías de porcelana y de nácar. En un estante, sobre los tejuelos de los volúmenes, se lee: Goethe; Schiller; Cayla, *Le Diable*; Flaubert, *Salambó*; Zola; Dickens... Sobre el reborde ancho de la anaquelera destacan una fotografía de Sagasta, otra de Cánovas, con dedicatoria "al ilustre novelista", y otra de Zola, en que se ve la letra recia, simétrica, fuerte, del gran novelador francés. Más allá, al otro lado de la puerta, hay otro estante bajo, de un solo cuerpo; figuran en él las *Memorias*, de Alcalá Galiano; las de Fernández de Córdoba; los *Conquenses ilustres*, de D. Fernán Caballero. Sobre la tabla, otro grupo de retratos fotográficos: Doña Emilia Pardo Bazán, de moza, con una dedicatoria que el tiempo ha desteñido; Arturo Mérida, con traje de bandido andaluz; Pereda, con su perilla hidalga; grupos de amigos y parientes... En las paredes cuelgan dibujos de Lizcano, un paisaje de Redondo, un retrato de Galdós pintado por Sorolla. En el centro de la estancia pende un diminuto barquichuelo.

— Es un ex voto de una iglesia de mi pueblo -dice el maestro-; me lo regalaron y yo lo restauré. Fíjense ustedes: se trata de un galeón del siglo XVII...

Sobre un piano abierto hay un rimero de partituras y piezas de música. En frente se ve un harmonium, también abierto, con anchos folios llenos de notas, en el atril. La chimenea está al lado.

— Esta chimenea -dice Galdós- no la he encendido nunca; no se ha estrenado.

— ¿No viene usted aquí durante el invierno?

— Sí, he pasado aquí inviernos enteros; pero no siento frío. Lo único que molesta es el viento; es un viento furioso, que hace trepidar la casa. Está uno durmiendo y parece que va a volar la cama.

Amueblan el despacho anchurosos y terreros divanes y butacas. Sobre uno de los sillones reposa un maletín de viaje, de cuero negro -tal vez el que usa el maestro para sus excursiones-, y en el respaldo de otro hay puesto un traje negro, doblado. La mesa en que trabaja Galdós es amplia, tallada, con retorcidas patas. Sobre ella se ven dos atriles (en los que hay cuartillas con apuntes, un cuaderno chiquito con las tapas rojas, a manera de Agenda, y un grande y abultado sobre con los sellos franceses y dirigido a D. Benito); hay también sobre la mesa tres libros, con los cantos dorados, puestos derechos en un sostenedor; otros libros y apuntes amontonados junto a la pared, una maceta de Talavera con su plato, una caja de las de papel de escribir llena de sellos usados y tarjetas postales, y un pliego de papel recubierto de una pasta melosa llena de moscas muertas. Algunos de estos familiares insectos se acercan por las orillas, y durante un segundo quedan cogidos por una pata; mas luego dan una violenta sacudida y tornan a volar.

— Yo creo, D. Benito -me permito observar- que algunas moscas ya van teniendo cierta experiencia.

— Sí, sí -contesta D. Benito- desgraciadamente va sucediendo esto.

— La mosca -digo yo- es un insecto estimable; Luciano ha escrito un elogio de la mosca.

Y de Luciano pasamos a hablar de los clásicos griegos y tornamos a devancar sobre Aristófanes.

— Aristófanes fué uno de los que perdieron a Sócrates.

— No; dice este traductor en el prólogo, que Sócrates vivió veinte años antes que Aristófanes.

— No sé; yo he leído hace poco una biografía inglesa de Sócrates en que se le hace este cargo a Aristófanes.

Transcurre un breve instante en silencio.

— ¿De modo que ustedes vienen ahora de Solares?

— Hemos estado en Cestona, en Urberuaga y en Zaldívar...

— Debían ustedes ir a Santillana. Es un pueblo curioso.

Y hablamos de los vetustos pueblos del interior: de Almazán, de Viana, de Salas de los Infantes, de Arévalo.

— Todos estos pueblos -dice el maestro- son interesantísimos. Pero para visitarlos hay que viajar en tercera; yo he hecho así muchos viajes. De otro modo no es posible enterarse, porque los señoritos que van en primera no pueden enseñarnos nada. Y, después, es preciso parar en los mesones, no en esos fondines a la francesa, todos iguales. Se ven en las posadas una porción de tipos interesantes por ejemplo, los camaranchoneros, que son vendedores de mulas, que van dejándolas en su excursión por los pueblos y al retorno las cobran; los ordinarios, los campesinos que vienen al mercado un día a la semana; otros tipos que van componiendo lebrillos y tinajas, y otros que arreglan paraguas... Yo salgo mucho por los pueblos, acompañado de este jardinero que tengo aquí... un buen hombre.

Mascías, nuestro acompañante, se acerca a la mesa de trabajo y ve los sellos rojos del pliego antes mentado.

— ¡Son franceses! -exclama con cierto desencanto.

— ¿Le gustan a usted los sellos? -dice Galdós.

Y echa mano de la cajita y le va pasando a Mascías, uno por uno, después de examinarlos, sellos rojos, azules, amarillos, violetas, de Alemania, Italia, la Argentina, el Brasil, Guatemala, Suiza, los Estados Unidos, Méjico, Austria, Nica-

ragua. Y Mascías -que ayer dejó estupefacto al sobrecargo del trasatlántico *Alfonso XII* hablando de cosas de náutica y que hace una hora me explicaba la técnica del Greco, Mascías se pone a hablar de filatelia.

— ¿Colecciona usted sellos, D. Benito?

— No, los recojo para mis sobrinillos.

Pero estos sellos de la caja se los regala el maestro a Mascías. Y después salimos del despacho, atravesamos un diminuto zaguán y salimos a la terraza. Desde aquí, como desde el ancho ventanal del estudio, se divisa el mar. Allá, en lo hondo, aparece la sosegada mancha azul, y por encima de ella, al otro lado, se descubre un telón de montañas zarcas, con negros barrancos, con oteros y recuetos poblados de arboledas.

¿En virtud de qué lógica misteriosa, de qué oculta e impenetrable concatenación ideológica Mascías ha comenzado a disertar sobre cosas de toros?

— Los toros no se deben matar todos del mismo modo; eso es absurdo. Y eso es precisamente lo que hace *Machaquito*.

— La otra tarde -dice el maestro- estuvo aquí con Pèpe, mi sobrino, y se pasaron la tarde echando globos.

— ¿Le ha visto usted torear?

— No, le conozco a él, pero no le he visto en la Plaza.

— ¿No va usted a los toros?

— No he ido aquí más que una vez; pero voy a ir una de estas tardes.

— Pues *Machaquito* -continúa Mascías- va a tener un disgusto cuando menos lo piense. Yo he visto torear a los antiguos matadores, *Carancha*, *Frascuelo*, *Lagartijo*, y ninguno de ellos le enseñaba el vientre a los toros como hace *Machaquito* a la hora de matar...

La tarde va declinando. Hablamos de *Guerrita*, de *Mazzantini*, de *Fuentes*, de *Angel Pastor*, de las caídas de los picadores, de las cogidas de los toreros. Allá a lo lejos, en el mar, pasa un vapor del que sólo se ve la arboladura y una línea negra de obra muerta.

— Ese vapor -dice Galdós- va abarrotado... y es mineral lo que lleva.

— Si le coge un temporal -replica Mascías- se marcha al fondo.

Y volvemos a charlar. ¿Sobre qué? Ya conocéis las inesperadas sinuosidades y revueltas de las conversaciones. Charlamos sobre Rodríguez Correa -que almorzaba en la cama y se levantaba a las siete de la tarde-, sobre Santos Alvarez, sobre García Villalta, el íntimo de Espronceda, sobre D. Jacinto de Salas y Quiroga....

— Pero les voy a enseñar a ustedes la huerta...

Salimos de esta linda terraza con las barandas tapizadas de madre selvas y parrales, y bajamos a la huerta. La huerta es reducida, consta de seis u ocho cuadros de coles, pimientos, tomates, patatas; forma un pronunciado declive, y por el centro y por los lados corren caminejos pavimentados con losetas de portland. Y tiene esta huerta, también, un pino -debajo del cual hay una hamaca- y un laurel, y una malvarrosa, y seis perales chiquitos cargados de gruesas peras, y dos bancos con el respaldo de azulejos morunos, y un tablar de fresones. D. Benito nos invita a comerlos.

Todos nos inclinamos y va nos rebuscando en las matas.

— Miren ustedes éste qué grande es -dice Galdós.

— ¡Caramba, es tremendo! -exclama Mascías.

— Éste es para Azorín.

Y yo recibo de manos del maestro este terrible fresón, grande como una castaña, rojo, encendido. Y luego pasamos a ver los conejos, los patos y las gallinas. Todos estos sencillos y admirables seres están encerrados en un corralillo formado con espesa tela metálica. D. Benito saca su podadera del bolsillo, corta un follajoso sarmiento de la parra y se lo arroja a los conejos. Y entonces todos, unos grandes, lentos, otros chiquitos, vivos, se aproximan a la rama y van royéndola con sus mandíbulas silenciosas. Y Mascías dice:

— ¿Usted se comerá estos conejos?

— ¡Ah, sí! Y están muy buenos -contesta Galdós profundamente convencido.

Después vamos a ver los patos.

— Esta pata -dice Mascías- está enferma.

Don Benito le mira ligeramente asombrado.

— ¿En qué lo conoce usted?

— Tiene el ojo apagado, poco brillante. Debe usted matarla y comérsela con arroz.

— Sí; ya he dicho yo esta mañana que había que matarla.

Una paloma blanca ronronea posada en un tejadillo.

— Estas palomas -observa el maestro- son de la cola levantada.

Y Mascías replica:

— Pero no son legítimas, D. Benito.

Otra vez D. Benito mira asombrado a Mascías.

— Las legítimas colipavas -dice éste- tienen las patas libres de plumas, limpias.

Un polluelo vivaracho se ha permitido pasarse desde su departamento al de las gallinas guineas; esto es verdaderamente terrible. D. Benito lo persigue, gritando:

— ¡Ande usted para abajo!

Después volvemos a la huerta. Rubín está desenterrando las patatas. Rubín es el hortelano; se llama Manuel, y lleva una camisa planchada, con botanadura brillante; unas botas negras y un sombrero cordobés.

— Este hortelano, D. Benito -digo yo- es un señor.

— Era carabinero; estaba en el puesto de ahí al lado, y yo lo tomé para que cuidase esto. Es un hombre excelente.

Y tras una breve pausa, volviéndose a Rubín:

— Rubín, ¿le parece a usted que matemos esa pata?

Rubín contesta que está enferma y que será mejor matarla. Y entonces Mascías interviene y explica que se trata de una enfermedad del hígado, que dicho hígado estará negro en esta pata en vez de estar de color de carmín, y que tirándolo se puede comer sin miedo lo demás.

Y esta consideración le da pretexto a Mascías para hacer un largo y sabio discurso sobre la cría de los animales de corral. Y cuando Mascías acaba, D. Benito se dirige de nuevo a Rubín.

— Bueno, Rubín: ¿qué hacemos? ¿Matamos la pata?

El maestro se ha sentado en una ligera silla de hierro; a su lado se ha echado un perrillo de lanas largas, negras, sedosas y de patas amarillas.

— Se llama *Canario* -dice Galdós-; pero tiene también otro nombre: el de *Viejo secretario*.

— Y ese nombre, ¿a qué se debe?

— Se lo puso D. José (este señor que ha entrado antes), porque siempre está conmigo en mi despacho.

— ¿Es anterior a la fundación de *San Quintín*?

— No; tiene ya doce o catorce años. Yo lo traía en brazos todos los días, cuando estaban haciendo la casa, y era él muy chiquito.

Y luego, hablando con Rubín:

— ¿Usted cree, Rubín, que será mejor matar la pata esta noche sin esperar a mañana?

Y luego:

— Es preciso que hagamos una hoguera para asar las patatas... Aquí hago yo todos los años una, que, tapándola bien, se conserva muchos días... Rubín, ¿cuándo podemos hacer la hoguera?

Desde la casa llaman a D. Benito.

— Voy —dice él— a despedir a unos señores.

Cuando vuelve observa de todo esto que nos ha contado Mascías.

— Conque, ¿en qué quedamos, Rubín, en este asunto de la pata? -torna a preguntar el maestro al jardinero.

Don Benito está hondamente preocupado con la muerte del susodicho animal. ¿Será preciso matarla esta noche o bien aplazar la ejecución de la sentencia hasta mañana?

Va llegando el crepúsculo. Una densa gasa de niebla comienza a esfumarse las lejanas montañas; el mar pierde poco

a poco su azul intenso... La huerta de *San Quintín* tiene en uno de sus ángulos una empinada escalérilla por la que se descien- de hasta una puerta que se abre sobre el camino. El ferrocarril del Sardinero pasa rozando la casa. Nosotros, desde lo alto, apoyados en el tapial, vemos cruzar, de rato en rato, los trenes.

— A esta hora -dice Galdós- pasa todas las tardes Menéndez Pelayo. Siempre va leyendo en un libro.

Suena el silbato de la locomotora; nos asomamos; pero en este tren no viene don Marcelino. Cuando otro silbido vuelve a repercutir tornamos a asomarnos y vemos junto a la ventanilla la cara roja y las barbas gualdas de Menéndez Pelayo. Cruzamos unas palabras rápidas; el tren -que se detiene un instante junto al balneario de la Magdalena- torna a correr. Y D. Benito se vuelve hacia Rubén.

— Decididamente, Rubén, hay que matar esta noche la pata. Ya está dictada la sentencia; póngala usted en capilla y una de las guineas le servirá de confesor...

Mas antes urge realizar otra operación importante: la de regar -cosa que encanta a D. Benito, aparte de hacer hogueras- y es preciso también quedar de acuerdo en lo que atañe al asado solemne, augusto, de las patatas.

— Rubén, ¿cuándo podremos hacer la hoguera?

— Mañana -contesta Rubén.

— No, mañana, no, que es domingo. El lunes, tampoco. La haremos el martes y asaremos también patatas el miércoles y el jueves.

Nosotros prometemos acudir puntualmente a la cita. El acto es de una transcendencia incalculable...

... Y éste es el relato de una tarde pasada con el insigne novelista; relato tosco, sencillo, escueto, sin las brillantes, requilorios, arrequives y pompas vanas con que nosotros, los periodistas, solemos quitar a nuestra prosa el encanto del desaliño, de vaguedad y de la incongruencia."

Azorín

Artículo publicado en *El Diario España* en 1919.

"Tal cual se encuentra el estudio de nuestro gran novelista, deja adivinar bien las condiciones de su carácter y de su ingenio. Cultura sin pedantería, más bien con empeño de aparecer sencilla, burguesa y llana; amor entrañable a la vida real, con un lugar retirado en que se cobijan, sin alardear ni meter bulla, el ensueño y la poesía; la decoración y el mobiliario, no como artículo de lujo, sino como elemento de honesto regalo interior, de pacífica ventura familiar; lectura ligera, nutritiva y sana, paladeada a sus horas, no indigestada nunca; y sobre todo, recio trabajo, copiosa producción, asiduidad regularizada, inspiración sujeta a la voluntad, por decirlo así"

Emilia Pardo Bazán.

"El estudio de Galdós". Nuevo Teatro Crítico, 1891

GALDOS Y SANTANDER

Cuando vino por primera vez Pérez Galdós a Santander en el verano de 1871, la pequeña ciudad provinciana del norte de España tenía en esa estación del año el particular atractivo de sus playas que atraían a un público numeroso que huía de los calores de Madrid.

Su puerto abierto al comercio de ultramar y el hecho de servir de ciudad puente entre Castilla y América había contribuido a su desarrollo económico que se había consolidado con la construcción del ferrocarril.

Gregorio Marañón ha recordado la inquietud intelectual de la capital de Cantabria en aquellos momentos en que una generación de hombres afanosos de saber habían creado un foco cultural sin precedentes (1).

Galdós confesaría años más tarde cómo fue la lectura de la obra costumbrista de Pereda, preferentemente sus *Escenas Montañesas*, el acicate que le llevó a conocer a esta provincia de la región cantábrica (2). A partir de aquel primer contacto la presencia de escritores y amigos, como Pereda, Menéndez Pelayo, Añón de Escalante o José Estrañi le inclinaron a repetir sus viajes estivales acompañado de su familia. El nombramiento de gobernador militar de Santander de su

(1) *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, 9ª ed. (Madrid: Espasa-Calpe; Colec. Austral, 1965), p. 87

(2) Prólogo a *El sabor de la tierruca*, de José María de Pereda, en *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1974, p. 1264

hermano el brigadier Ignacio Pérez Galdós en 1879, influyó también favorablemente en los viajes a esta región que le atraía por el clima, la belleza de su paisaje y el carácter hospitalario de sus gentes. En 1884, en una de sus cartas al diario "La Prensa" de Buenos Aires, lo reconocía el escritor con estas palabras: "... me será muy difícil ser completamente imparcial hablando de Santander y de los montañeses, por el mucho cariño que tengo a este pueblo, mi cuartel de verano, mi refugio contra el calor desde hace catorce años. Esto y los buenos amigos, la benignidad del clima y las repetidas expansiones del ánimo, han creado en mí una predilección especial que no puedo ocultar, y reconociendo las bellezas de toda la región cantábrica, pongo siempre en primer lugar las de esta provincia, así como en la preferencia que suelo dar a todos nuestros septentrionales, hago siempre una segunda selección a favor de los montañeses" (3).

Santander le puso en contacto con el mar, añorado desde su salida de Las Palmas, le permitió realizar sus viajes por mar a otros puertos europeos y conocer las provincias limítrofes en las que también recogió documentación para los Episodios Nacionales. Desde Santander realizó numerosas excursiones por los pueblos de Castilla cuyo paisaje tenía para él un atractivo especial.

La construcción de un palacete en su finca de "San Quintín", inaugurado oficialmente en 1893, le vinculó ya definitivamente a Santander, donde nació su hija María y escribió una parte importante de su obra. En aquel refugio estival, el novelista se sentía a gusto, cultivaba su huerta y desde aquel mirador frente al mar veía la entrada y salida de los

(3) William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires* (Madrid: Ed. Cultura Hispánica, 1973) p.115. Carta de 1884

barcos a los que hacía señales con las banderas del código de señales marítimas. "San Quintín" fue su torre de marfil, su lugar de refugio y descanso, alejado de los numerosos compromisos de Madrid, lugar del que se alejaba a primeros de julio para regresar al finalizar los calores a mediados o últimos de septiembre. Todavía un 21 de octubre le escribía así a su amigo el Dr. Manuel Tolosa Latour: "Iré lo más tarde posible, pues aquí se está en la gloria y trabajo mucho y con provecho" (4).

La casa era prácticamente un museo donde guardaba sus recuerdos, los dibujos originales de los *Episodios* y cuadros de Arredondo, Beruete, Hispaleto, Fenollera y Sorolla. Junto a varios retratos dedicados de escritores españoles y extranjeros, había objetos regalados por sus amigos. Allí tenía el piano y el armonium donde en compañía de su sobrino solía interpretar piezas clásicas. Entre su material intelectual figuraba la colección de manuscritos, los epistolarios y los libros repartidos en las estanterías de su estudio.

En Santander descansaba dedicando parte de su tiempo a recibir visitas, pasear y participar en las tertulias que tenía lugar en su casa o en los cafés de la ciudad. Pero sobre todo, escribía con aquella disciplina de trabajo que le acompañó toda su vida. En "San Quintín" escribió novelas como *Angel Guerra*, *Nazarino Torquemada en la Cruz*, en cuyo final pone La Magdalena o el nombre de la finca, y obras de teatro como *Electra* o *Cassandra*, fechadas todas en Santander.

En el verano de 1872 inició con *Trafalgar* sus *Episodios Nacionales* en Santander y en 1917 se despidió de la ciudad

(4) Ruth Schmidt, *Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós* (Las Palmas G.C.: Ed. Cabildo Insular, 1969) p. 94. Cartas escrita desde Santander el 21 de octubre de 1895.

preparando las notas históricas de *Santa Juana de Castilla*. También participó en esta ciudad en actos políticos como miembro destacado de la coalición republicano-socialista.

Algunas de sus obras están estrechamente relacionadas con Cantabria como *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela*, *Rosalía* o *La de San Quintín*. Personajes y lugares fueron recogidos en esta región nortea, inspiradora de algunas de sus mejores páginas.

Las Palmas fue su origen y la ciudad que incubó su pensamiento. En Madrid se desarrolló y se hizo nacional y Santander constituyó su cuartel de verano, donde se puso otra vez en relación con el mar y cuyo puerto fue el símbolo con Canarias de su proyección a Europa y América, al hacerse su obra universal.

Benito Madariaga de la Campa
Galdós y su Tiempo, Las Palmas, abril-mayo 1989

EXPOSICIÓN

PLANTA BAJA

Patio principal:

- Reja de la entrada de "San Quintín".
- Fotografía: Galdós y Estrañi en el jardín de "San Quintín".

Patio interior:

- Fotografía: Galdós con un grupo de amigos en "San Quintín".
- Vitrina nº 1: Publicaciones sobre Santander. Biblioteca de Galdós.
- Vitrina nº 2: Documentación sobre "San Quintín". Archivo de la Casa-Museo Pérez Galdós.

PRIMERA PLANTA

Reproducción de diferentes estancias de "San Quintín" con el mobiliario, biblioteca, objetos personales y recuerdos que tuvo la Casa santanderina de Galdós, hoy propiedad de la Casa-Museo Pérez Galdós:

- Libros dedicados, cartas, fotografías de tres amigos santanderinos de Galdós: José Estrañi, José María de Pereda y Marcelino Menéndez y Pelayo.
 - Dibujos los muebles de "San Quintín" diseñados por Galdós.
 - Marinas pintadas por el novelista en la bahía de Santander.
-

- Pandero pintado por Galdós, firmado con sus iniciales en el código internacional de señales marítimas.
- Bocetos de barcos. Dibujos realizados por Galdós.
- Manuscritos y galeradas de algunas de las obras escritas en "San Quintín".

Exposición abierta
desde el 28 de abril al 30 de mayo de 1993

Horario de visitas:

De lunes a viernes de 9 a 13 y de 16 a 19 h.

Sábados de 9 a 13 h.

Casa-Museo Pérez Galdós.

Cano, 6 35002 Las Palmas Gran Canaria.

Tlf.: 36 69 76 Fax: 37 37 34



Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
Servicio de Cultura